

SUMARIO

Prólogo.....	9
Introducción: Un correo para el lector.....	11
Primera parte. Saliendo del caparazón.....	15
Segunda parte. Recorriendo el mundo “con las antenas puestas”	53
Tercera parte. La sonrisa del caracol.....	93
Agradecimientos	145

PRÓLOGO*

A veces, nos pasan cosas que tienen el poder de “concentrar” nuestra existencia. Una enfermedad grave es una de estas cosas. Hay otras, sin duda, pero en el caso de Càrol ha sido la enfermedad. Este, creo, es el origen de su historia, de su vivencia que nos deja por escrito y de su “correo de los martes”.

¿Qué significa “concentrar” la existencia? Significa que la satura, la colma y así permite contemplarla como una unidad, hace saltar las cáscaras, la limpia de toda brizna... De repente, lo que no es esencial se desprende y cae al suelo. Solo queda el tronco que aguanta el árbol, las ramas que le dan fuerza y las hojas que le dan forma.

Es como un cambio de estación. Empieza una primavera, ¿entendéis? No un invierno, sino una primavera. ¡En la vida de Càrol, en su autobiografía y en los “correos de los martes” hay toda una primavera! Como la primavera de este año: exuberante, abundante, opulenta, copiosa... Todo está tan verde... por mucho que, a veces, pueda parecer un invierno vivido con toda la crudeza del invierno más estéril.

* A pesar de su debilidad y unos meses antes de fallecer Marc me sorprendió con un gesto que jamás olvidaré. Entre otros muchos, el don de la escritura era uno que lo caracterizaba.

El poder escribirme este prólogo para encabezar mi historia de vida fue uno de los regalos más preciados que recibí de él y le estaré eternamente agradecida: por esto y por haber dado tanto sentido a lo que vivo hoy.

La vida de Càrol y su “correo de los martes” son, desde hace tiempo, pura primavera del espíritu. ¿Por qué digo esto? No es que Càrol escriba poesía cursi, escritos “bonitos” que buscan tocar la fibra, etc. Esto puede estar bien, pero también puede hacerse tan empalagoso como un polvorón. Càrol, transparente, escribe lo que vive tal como lo vive, con toda simplicidad, más como lo haría una periodista que como lo haría una escritora.

Ella no lo ha hecho con la intención de “escribir un libro”, pero sí con la intención de dejar constancia de su vida, tal como Dios le invita a vivirla. Càrol no pretende nunca dar ejemplo a nadie, de nada. ¿Sabéis? Simplemente, cuando el hecho de vivir asume todo el protagonismo, se produce aquella “concentración” a la que me refería al principio.

Cae toda pretensión y lo que más rabia te da es que alguien manifieste su admiración por “el ejemplo que estás dando con tu testimonio”. Se nota, entonces, que la persona que habla, por más buenas intenciones que persiga, no tiene ni idea de qué está diciendo y no entiende hasta qué punto sus palabras son equivocadas e inoportunas. ¡Eso sí que es charlatanería: bla, bla, blu, blu...! Si lo entendéis así, ya podéis volver a leer desde el principio toda su historia y sus “correos”, como si no los hubieseis leído nunca.

He respirado contigo el mismo aire, Càrol, no solo los martes, tú ya me entiendes. Gracias, amiga, por haberme enseñado tantas cosas de ti, sin darme lecciones ni frases bonitas o una vida ejemplar que yo nunca habría podido imitar y me hubiese hecho sentir más pequeño y no más grande, como ha sido el caso. Desde tu pequeñez, ofrecida, no disimulada, me has hecho a mí y te has hecho a ti muy, muy grande. De esa grandeza, claro.

Marc VILARASSAU sj
(1968-2013)

INTRODUCCIÓN

UN CORREO PARA EL LECTOR

Os presento este libro, unas memorias en las que narro el desarrollo de una vida, contada de manera más o menos cronológica y con algunos saltos temporales. Momentos, estos, en los que aparecen extractos, alguna entrevista y reflexiones de mensajes semanales de “el correo de los martes”. Un correo electrónico semanal que desde hace ocho años envío a una lista de cuatrocientos destinatarios, entre familiares, amigos y otros compañeros de camino para actualizarles sobre mi persona y mi evolución y compartir con ellos mis vivencias y sentimientos diarios. En este sentido puedes encontrar durante la lectura de la obra, desde una reproducción literal de estas cartas enviadas por la red, como la esencia de ellas en cada una de mis palabras. Resulta ser un escrito que ha llegado a extenderse a un gran número de personas combinando el deseo de seguir gozando de cada instante con la perspectiva de que todo sigue teniendo sentido en la vida. En estos momentos podrías preguntarte, ¿y qué puede haber en esta historia que pueda interesar a alguien más que a su propia autora?

Es verdad que lo que me ha movido a escribir esta obra es simplemente una gran ilusión y un reto personal. A pesar de mi problema de movilidad, me ha impulsado el deseo de dejar constancia de lo que hasta ahora he vivido. Aunque creo también, y esto lo digo con mucha

humildad, que tal vez algunas personas puedan encontrar en ella un aporte para afrontar sus propias vidas a pesar de sus adversidades.

En estas páginas he intentado expresar cómo un sueño de infancia llega a hacerse realidad y cómo lo vivo y lo disfruto plenamente hasta que una grave enfermedad lo trunca. Con solamente treinta años y cuando me sentía en pleno desarrollo de mi vida personal, profesional y vocacional, todo parece derrumbarse. Mi radio de acción se va limitando a pasos agigantados y a pesar de todo lo que ello significa, tengo que ir renunciando uno a uno a mis grandes deseos. El sentido de la vida parece que se me escapa de entre las manos.

Desde mi silla de ruedas en los mejores momentos o desde la cama del hospital en los más duros, me vuelvo a replantear todo y a afrontar la realidad tal y como es. Me voy dando cuenta de que cuando logro distanciarme de mi “yo” como centro de todo, un montón de cosas bellas siguen pasando a mi alrededor. Los rostros, los gestos, los detalles de atención y cariño de todos los que me rodean y de aquellos que de una forma u otra se hacen presentes a pesar de la distancia, se van haciendo fuente de gozo.

Es como si la vista se me hubiese ajustado para ver cosas que antes no lograba ver o tal vez no sabía darles la importancia que merecen. Lo que parecería ser ordinario e intrascendente se vuelve ocasión de fiesta, de celebración, por el simple hecho de estar y de poderlo disfrutar. Te das cuenta de que nada es mejor ni peor que antes, simplemente es diferente.

El tiempo recobra otro valor. Las largas horas y días de debilidad no solo me impiden caer en el activismo, sino que además se convierten en momentos de profunda comunión con todos aquellos que he tenido la suerte de conocer en mi camino. Y aunque pueda parecer increíble, con ellos y con sus anhelos de una vida más justa

y digna me siento aún más realizada que nunca. No es un vivir anclada en la nostalgia de algo que pasó y que nunca más volverá, pues curiosamente es el presente, el aquí y ahora, lo que se manifiesta para mí como el único tiempo.

Como podrás comprobar más adelante, te darás cuenta de que nunca imaginé lo que me sucedería y que no hay nada de romanticismo en todo ello. Sin embargo, también sé que la experiencia vivida me ha hecho adentrarme en ese “yo” profundo, auténtico y verdadero en el que hay espacio para mis imperfecciones, mis sombras, mis miedos, mis inseguridades, mis capacidades, mis deseos y mis dones. Y es que es allí donde me encuentro y encuentro el amor que me acoge, que siempre me espera, que da pleno sentido a mi vida, presente y futura. Ahí descubro que mis sueños no se truncaron, sino que se transformaron.

Es entrañable prestar atención a la cantidad de sueños e ilusiones que podemos llegar a desear en esta vida. A medida que pasan los años y vamos viviendo infinidad de experiencias resulta inevitable seguir pensando en ellas.

Desde pequeña, mi curiosidad por un continente que creía olvidado por muchos, aumentaba a la vez que yo crecía y maduraba. Era imaginativa, decidida y, aunque algunos me consideraban una consentida por ser la pequeña de cuatro hermanos, mi intrepidez y fortaleza han ido confirmando hasta hoy lo que verdaderamente soy.

Sñar con países africanos, deseando poder visitarlos, era una realidad que me perseguía desde bien joven. Sus coloridos, sus tradiciones, sus habitantes, su magia desconocida, mantenían mi curiosidad despierta haciéndola cada día más alcanzable. Siempre me he dado cuenta de que mereció la pena apostar por todos ellos, asintiendo sinceramente al personaje que me invitó a esta aventura: ¿qué sería ahora de mí si no hubiese aceptado?

Recuerdo a menudo las vivencias y travesuras que llenaron mi infancia. Mis primeros años transcurrieron en San Miguel, la finca agrícola a la que mis padres dedicaron toda su vida laboral. Situada en la provincia de Huesca, estaba a tan solo 18 kilómetros de la primera población de la comunidad de Catalunya, Almacelles. Fue

el lugar ideal para adquirir muchos de los valores que hoy seguimos manteniendo mis hermanos y yo. Papá, un abnegado contable, con tendencia perfeccionista en todo lo que hacía, era un hombre tímido pero con temperamento, discreto y muy agradecido. Mi madre, al igual que él, era y sigue siendo una cristiana comprometida, activa e incansable. Su mamá, la querida “abuelis”, era una estupenda cocinera y una persona muy sabia; fue así como empecé a llamarla cariñosamente desde bien pequeña y así seguimos haciéndolo todos los nietos y las personas del entorno más cercano. Tenía el sentido común propio de quienes han vivido experiencias tan duras como la Guerra Civil y todas las consecuencias que conllevó. Ella y mis padres consiguieron transmitirnos una sana y sólida educación, teniendo como referencia el estilo de vida de Jesús.

Miro hacia atrás y quedo admirada por la familia que formamos. Lo mejor de todo es que, aun con el paso de los años, a pesar de nuestras pequeñeces y de nuestras diferencias, pues siempre las ha habido y las hay, sigue la misma unión que recuerdo desde muy pequeña; la que mis padres iniciaron y hemos sabido mantener todos juntos. Los cuatro hermanos seguimos por el mismo camino y ya siendo adultos, conservamos en nuestro interior muchas de las vivencias de la infancia que nunca nos abandonarán. Con Pepe, por ejemplo, mi único hermano varón, estuvimos involucrados en varias travesuras que pasarán a la historia. Gemma, la mayor, e Imma, la segunda, sé que también hicieron de las suyas. Al ser la pequeña no recuerdo bien sus hazañas, pero de tanto haberlas oído contar me parece como si hubiese formado parte de todas ellas.

Caracol era como me llamaban, Imma, algunos de mis familiares y amigos. ¡Qué curioso! Pero solo si ella daba permiso, podían dirigirse a mí con ese nombre. La verdad es que Imma, es mucha Imma y como original nadie le gana. Por la semejanza a mi nombre e imagino

que porque casi siempre llegaba la última en nuestras carreras de bicicletas, así fui “bautizada” y sigo siéndolo. Hoy suele repetir a menudo que honro bien a mi nombre. También que me he tomado demasiado en serio el alias con el que, con afecto, se dirige a mí; pues actualmente mis estancias en el hospital son cada vez más largas y mi recuperación y evolución es lenta, cada vez más lenta, como se restablecería un auténtico caracol.

Sinceramente este era un animal bastante desagradable para mí. No precisamente por su sabor, pero su apariencia, sus babas, su caparazón y su lentitud no me ofrecían ninguna simpatía. En cambio, qué distinto es lo que pienso hoy. Parece mentira lo que podemos llegar a descubrir mientras recorremos y saboreamos el camino de la vida: algo que pensaba que detestaba se ha convertido en un nuevo “algo” lleno de significado en mi paseo por este mundo.

Mi asma alérgica, en aquel entonces controlada y sin crearme complicaciones, no me impedía realizar ninguna de mis aficiones preferidas: diabluras, el fútbol y el tenis, las excursiones a la nieve y los entretenidos paseos en bicicleta. Quizás no tenía tanta resistencia como mis compañeros, pero siempre prevenida con mi inhalador en el bolsillo, era capaz de disfrutar como cualquier otro niño o más. Tenía asumido que nunca era la primera en llegar a la cima de las montañas durante los campamentos de verano, o que no aguantaba los partidos enteros sin parar de correr. Aunque eso sí, nadie podía lanzar penaltis o faltas en el área con tanta fuerza como lo hacía yo. ¡Mis tiros por la escuadra eran envidiables, incluso por los chicos con los que jugaba a la hora del recreo y los fines de semana con la cuadrilla de amigos! A pesar de mi delgadez, era mucha la fuerza que tenía.

Qué distinta es mi realidad si la comparo con esos maravillosos años pasados... Hoy mis piernas están débiles y van perdiendo fuerza, cada día más. Pero siguen manteniendo sus ganas de vivir y son fieles a las

indicaciones de Laura, la fisioterapeuta que me atiende en mi domicilio desde hace algunos años y que tanto bien está haciendo a mis extremidades y a mi persona. Seguiré, a pesar de todo, con esta actitud optimista, así puede que ayude a mantener dinámicos a mis brazos y a mis piernas, pues sé que todavía les queda un largo camino por recorrer.

Entre semana madrugábamos mucho ya que el autobús pasaba a recogernos temprano para poder llegar al colegio. Un colegio del que por cierto tengo muy buen recuerdo. Mis padres siempre quisieron complementar la educación que recibíamos en casa, con una enseñanza basada en la formación cristiana. Simpatizaban desde hacía tiempo con la espiritualidad ignaciana, cosa que posteriormente todos heredamos en casa. Por ese motivo escogieron el único colegio de Jesuitas que se encuentra en la provincia de Lleida: el Col·legi Claver. Es un privilegio que hoy en día todavía pueda conservar amistades que empezaron en la inolvidable EGB. No fui una alumna que destacase por sus altas calificaciones, aunque al pasar la frontera del octavo curso todo fue distinto. A partir de ahí dejé de conformarme con los “bienes y los aprobados”. Fue en este momento, cuando realmente me di cuenta de que el mundo de la sanidad me fascinaba y que debía esforzarme para seguir adelante y lograr ser en el futuro lo que por aquel entonces ya me apasionaba. Por ello hice todo lo que estaba en mis manos para lograrlo.

Compaginaba mis clases con distintas actividades extraescolares: el deporte, el solfeo, el piano y el canto. ¡No me quedaba tiempo libre de lunes a viernes! El fin de semana era para pasarlo en familia, descansar, participar de la misa y disfrutar de los rincones de mi querido pueblo. Éramos muchos los aventureros que aprovechábamos esos dos días al máximo haciendo de las nuestras, eso sí, después de haber colaborado en las tareas del hogar y de terminar los deberes de la escuela. En casa, cada cual tenía asignada su tarea de limpieza.

Mi hermano era el que lo dejaba todo más limpio e impecable. Le encantaban las cosas muy bien hechas, diría que casi perfectas. Por el contrario, Imma no destacaba por su sentido del orden, aunque sí por su extrovertido carácter y su gran humor. Gemma, la mayor, fue la que abrió puertas y nos facilitó las cosas al resto. Ella era y es como una segunda mamá, sobre todo para mí, pues además es mi madrina.

Si aprovechaba tanto de un par de días de descanso entre semana, imaginad qué significaban para mí las vacaciones de verano. En aquella época ya éramos un grupo numeroso de amigos, pero desde mayo hasta principios de octubre se duplicaba. Al ser una finca agrícola donde se cultivaban distintos tipos de cereales y numerosas clases de árboles frutales, eran muchas las familias que venían temporalmente de Andalucía, Extremadura, Argelia o Marruecos e incluso algunas personas del Oeste de África. Por momentos parecía que entre aquellas pequeñas calles se mezclaban distintas tonalidades, costumbres, olores, lenguas, religiones... ¡Esta experiencia, por joven que fuese, me fascinaba! Aumentaba mi curiosidad y sentía grandes inquietudes por conocer y soñar con los que pensaba que eran distintos a mí.

Siendo niña, ya compartía todo esto con mi amiga del alma. Todos disfrutamos de distintas etapas en nuestra vida y en cada una de estas, en medio de todos los amigos y compañeros, siempre hay alguien que destaca por darle un significado único. Judith fue quien dio un “sabor” especial a mi infancia. Éramos muy diferentes, pero eso no fue nunca un impedimento para que nuestra amistad creciese hasta el día de hoy y estoy segura que hasta siempre. Distintas aventuras forman parte de nuestro pasado y nunca las olvidaremos. Incordiar a la Guardia Civil, merendar a costa de los frutos de los vecinos, deshinchar alguna rueda de coche y jugar a ser “sacerdotas” en el confesionario de la iglesia del pueblo, nos costó algún castigo que sirvió de poco para enmen-

darnos. Finalmente, con el paso de los años dejamos de mezclarnos en estas travesuras de las que conservo un cariñoso e inolvidable recuerdo. ¡Hay edades para todo!

Recibir de ella el precioso ramo que lució el día de su boda, significaba mucho más que lo que la típica tradición indica: que yo sería la próxima en llegar al altar presumiendo de un hermoso caballero. Aquel día Judith me entregaba unas flores abrazadas, llenas de recuerdos y significados diversos. Cada una era diferente, pequeñas, grandes, de varios colores y aromas distintos, pero todas unidas igual que nuestra amistad.

A medida que crecía, me iba involucrando en las preparaciones de los pocos festejos y entretenimientos que celebrábamos en San Miguel. Principalmente eran dos: la fiesta mayor en septiembre y la Cabalgata para recibir a Sus Majestades los Reyes Magos de Oriente. Siendo “Reina” por un día, o mejor dicho, por una noche, palpé y viví la ilusión que los más pequeños transmitían mientras recibían los regalos que tanto esperaban. Realmente era un momento mágico para disfrutar debajo de aquel disfraz que con tanto orgullo lucía. ¡Sentía que empezaba la época de mi juventud y que merecía mucho la pena aprovecharla y vivirla al máximo!

Pienso que era la edad apropiada y la época ideal en la que es imposible estar de brazos cruzados, sin sentir curiosidad por empezar a encontrar significado a la vida que se nos regala. Me planteaba quién era, qué podía aportar a mi alrededor, a qué quería dedicarme y cuándo formaría mi propia familia. Lo iba confirmando poco a poco, mientras me sumergía en la multitud de ocasiones que me ofrecían aquellos diecisiete años. Los siguientes no fueron menos importantes; pero en los años noventa, “despegué” con la intención de descubrir y tomar decisiones para desear, en el buen sentido, “comerme el mundo”. Con estas mismas palabras se lo confesaba a un gran grupo de amigos, a mis fieles seguidores de los martes que recibieron, entre otros muchos, este correo:

El correo de los martes, 1 de febrero de 2011

Precisamente hoy, hace ocho años que me entregaba en Uganda a una misión muy particular: era sábado y después de unos cursos especializados y de formación, inaugurábamos un equipo para asistir, visitar y acompañar a enfermos, principalmente de VIH/sida. Hasta encontrarlos, recorriamos los rincones más olvidados de Kisubi y no resulta fácil describir lo que sentí en aquellas primeras visitas. La mayoría de estos niños y jóvenes, poseían una indeseable “herencia” que, todavía hoy, siguen transmitiendo de generación en generación.

Recuerdo lo mucho que aprendí de aquellos encuentros. El día a día y aquellas víctimas, me recuerdan el ansia que, entre otras cosas, me condujo a África para, en el buen sentido, “comerme el mundo”. ¡Quién me iba a decir en aquel entonces que unos años más tarde una enfermedad se me estaría “comiendo” a mí...!

Pienso a menudo en este desgaste de mi cuerpo que tanto me desconcierta. Pero también pienso en aquellos “santos” que, con tanta fe, afrontaban el futuro con una mirada esperanzadora a pesar de sus miedos y de su fragilidad.

Deseo seguir aprendiendo a imitarlos, pues sé con certeza que caminan con todos nosotros.

Càrol

Empezaba a salir con mis amigos. El tonteo con los chicos y noviazgos juveniles daban un toque especial a aquella inolvidable época. Sentía que despertaba en mí la curiosidad del enamoramiento y lo más bonito era experimentarlo aunque yo no fuese correspondida o aunque no satisficiera los deseos de algunos. De todos modos, enamorarme de verdad y en mayúsculas, no lo hice hasta más adelante, justo cuando menos me convenía.

Éramos un grupo de amigos muy bien avenido que disfrutábamos saliendo los fines de semana; la pandilla de chicas era abundante en aquel entonces: Belén, Maria, Judit, Cristina, Marta... pero de todas ellas mi mejor amiga fue y es Mercè. A pesar de la forzosa distancia que nos separó durante algunos años, siempre ha sido

una fiel compañera de camino que conoce muchos de los secretos que alberga mi interior. Digo muchos y no todos, pues apuesto a que no hay nadie que no esconda algo íntimo y único, que nunca revele y que guarde para siempre. A pesar de su timidez siempre he pensado que tenía un encanto que yo nunca poseí. Su mirada y su simpatía atraían a muchos que se quedaban con las ganas de saber algo más que su nombre. Sin embargo, yo era “del montón”. Me salvaban mi manera de ser y, sobre todo, mi sonrisa. No tenía una figura escultural, pero creo que era “mona”, aunque tal vez no era de las que enamoraban a primera vista. ¡Ahora desde luego tal como estoy seguro que no lo haría ni a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera!

Siempre he sido una persona muy inquieta, aun hoy a pesar de mi falta de movilidad lo sigo siendo. Además de todo lo que ya hacía en aquel entonces, me uní a un grupo de jóvenes llamado Moviment de Joves del Bisbat d’Urgell. Ramon Balagué, sacerdote y líder del grupo en aquellos años, era capaz de arrastrar a un gran colectivo de interesados por conocer a aquel gran protagonista que nació hace dos mil años en Belén. Lo hacía de una forma extraordinaria, pues tenía y sigue teniendo un don especial para reflejar su mensaje y estilo de vida. Su disponibilidad y cercanía destacaban a la hora de realizar su misión: una misión que algunos, todavía hoy, o no han sabido transmitir o lo han hecho creando cierta confusión con la identidad de un Jesús obsoleto.

Evidentemente, Mercè y su melliza participaban en el grupo. De hecho conocí a Ramón gracias a ellas y a su hermana mayor. Se organizaban numerosas y diversas actividades durante el año. La mayoría éramos estudiantes y por este motivo no podíamos participar o disfrutarlas todas, sobre todo en fechas de exámenes. Aunque las pascuas juveniles y las salidas a la montaña los fines de semana y durante algunos días de las vacaciones, eran suficientes para mantener el contacto y la amistad que nos unía a todos.